Lenas saludó á Bruto y á Casio con mas apresuramiento que de costumbre y les dijo al oido: « Pido á los dioses que tenga vuestro designio un buen desenlace; pero os aconsejo que no perdais tiempo, porque se sabe todo; » y poco despues le vieron hablar con César y observaron que el dictador le escuchaba atentamente. Casio y otros buscaban ya debajo de sus vestiduras sus puñales para darse la muerte, cuando Bruto conoció por los ademanes de Lenas que no acusaba, sino que estaba haciendo alguna súplica. Cuando César entró se levantaron todos los senadores en señal de acatamiento, y así que se sentó, los conjurados se apiñaron en su derredor, hicieron que Cimbro Tulio se adelantara para pedir el llamamiento de su hermano, le instaron ellos tambien, y al ver aquel empeño, César se levantó para apartarlos por la fuerza. Entonces Tulio le arrancó su vestidura y Casio le dió la primera puñalada en el hombro. César le quitó el arma exclamando: « ¿Qué haces, infame? » Mas cuando vió que Marco Bruto levantaba el puñal, soltó la mano de Casio, y cubriéndose la cabeza con la toga entregó su cuerpo á los conjurados. Bruto salió herido en la mano, porque todos á la vez le asestaban golpes, y no hubo ninguno de ellos que no quedara cubierto de sangre.

CAPITULO XXIV.

EL SEGUNDO TRIUNVIRATO (43-30).

Inaccion de los conjurados: amnistía: exequias de César (44).—Omnipotencia de Antonio: Octavio.—Oposicion contra Antonio: Ciceron.—Guerra de Módena (43). — Formacion del segundo triunvirato: proscripciones: muerte de Ciceron (43). — Insolencia de la soldadesca. — Batallas de Filipos (42). — Exacciones de Antonio en Asia: Cleopatra. — Guerra de Perusa (41-40). — Regreso de Antonio á Italia: tratados de Brindis y de Misena (39). — Guerra contra Sexto Pompeyo (36). — Deposicion de Lépido. — Dos hombres en el imperio (36-30): habilidad de Octavio. — Expedicion de Antonio contra los partos (36). — Contraste entre la conducta de Antonio y la de Octavio. — Rompimiento (32): batalla de Accio (31). — Muerte de Antonio y de Cleopatra (30).

Inaccion de los conjurados: amnistía: exequias de César (44).

Como los conjurados no tenian plan para sostener los efectos de la conjuracion, despues que dieron el golpe salieron de la curia, atravesaron el foro gritando que habia muerto el tirano y se fueron á fortificar en el Capitolio. Por la tarde se reunió con ellos Ciceron, quien habria querido que el senado se hiciese dueño de la situacion en medio de los dos partidos indecisos; pero solo el anciano consular se mostraba activo y resuelto, y en tanto que vacilaban los asesinos, aprovechaban bien el tiempo los amigos de César. Su jefe de la caballería, Lépido, habia sublevado á los veteranos acampados en la isla del Tíber y Antonio se habia apoderado de los papeles y caudales de César, así como tambien del tesoro público. El peligro comun unió, pues, á estos dos jefes, no tanto por vengar á César como por sacar partido de las circunstancias. Antonio como era cónsul congregó el senado, y los conjurados no asistieron á la sesion que fué acalorada. Los senadores querian declarar tirano á César; pero Antonio manifestó que esto equivaldria á la abolicion de sus actos, y habia tantas personas interesadas en sostenerlos, que triunfó la opinion de Antonio. Entonces habló Ciceron quien, para conciliar todos los intereses, pidió la consagracion de los derechos adquiridos, el olvido del pasado, la paz y una amnistía, que efectiva-

mente se proclamó, con lo cual enviaron á decir á los conjurados que salieran del Capitolio. Lépido y Antonio les mandaron sus hijos en rehenes, Casio fué á cenar en casa de Antonio y Bruto en la de Lépido : era aquello una fiesta para todos.

Y sin embargo, quedaban por decidir puntos importantes. Puesto que César no era un tirano y no se abolian sus actos, habia que aceptar su testamento y hacer al difunto un funeral públicamente. Antonio leyó al pueblo sus postreras voluntades. Adoptaba por hijo á su sobrino el jóven Octavio, y á falta de este, á Décimo Bruto, que era uno de los jefes de la conjuracion; designaba por tutores á varios de los asesinos y á otros les hacia legados considerables. La muchedumbre comenzó á enfurecerse al oir hablar de aquellos dones de la víctima á los asesinos; pero cuando añadió Antonio que el dictador dejaba al pueblo sus jardines de la orilla del Tíber y á cada ciudadano 300 sextercios, hubo á la vez como una explosion de gratitud y de amenazas.

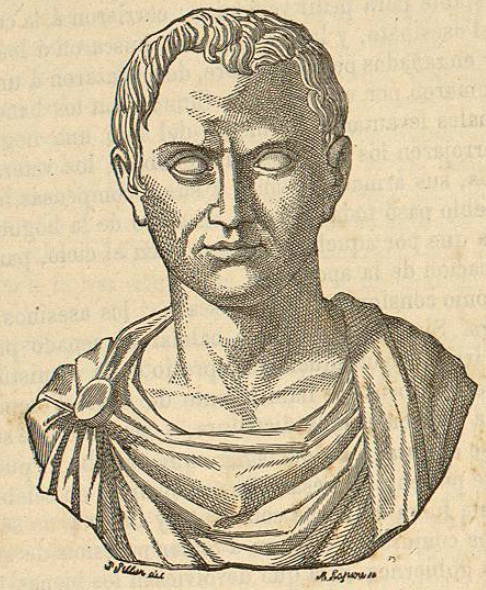
Otra escena preparada hábilmente acabó de entregar toda la ciudad á Antonio. El dia de las exequias leyó al pueblo los decretos del senado que concedian á César honores divinos, que le declaraban santo, inviolable y padre de la pátria, y cuando hubo pronunciado estas últimas palabras, añadió volviéndose hácia el lecho fúnebre : « Aquí teneis la prueba de su clemencia : á su lado encontraron todos seguro asilo y no ha podido él salvarse ; le han asesinado, despues de haber jurado que le defenderian, despues de haber consagrado á los dioses á todo el que atentase á su vida, á todo el que no le cubriese con su cuerpo. » Y alzando las manos hácia el Capitolio, dijo tambien : « ¡ Oh, tú, Júpiter, guardian de esta ciudad, y todos vosotros dioses del cielo, sed testigos : estoy pronto á cumplir mi juramento, estoy pronto á vengarle. » Entonces se acercó al cadáver, entonó un himno como en loor de un dios, y con voz breve y enérgica, recordó sus guerras, sus combates, sus conquistas : « ¡ Oh ! tú, héroe invencible, has salido bien de tantas batallas, para venir á caer en medio de nosotros ! » Y hablando

así arrancó la toga que cubria el cuerpo de César y enseñó la sangre que la manchaba y las cortaduras de los puñales. Los sollozos de la muchedumbre se mezclaron con los de Antonio ; pero aun no se acabó aquí : de repente levantaron del lecho el cuerpo de César, y todos pudieron ver las veinte y tres heridas que tenia en el pecho y en el semblante. Y el coro cantaba : « ¡ Con que los salvé para morir por ellos ! » El pueblo se figuró que César resucitaba un instante para pedir venganza : corrieron á la curia, teatro del asesinato, y la incendiaron ; buscaron á los matadores, y engañados por el nombre, despedazaron á un tribuno que tomaron por el conjurado Cinna. Con los bancos de los tribunales levantaron en medio del foro una hoguera á la cual arrojaron los soldados sus venablos, los veteranos sus coronas, sus armas de honor y sus recompensas militares. El pueblo pasó toda la noche en torno de la hoguera, y un cometa que por aquel tiempo se vió en el cielo, pareció una justificacion de la apoteósis.

Antonio consiguió lo que buscaba : los asesinos estaban en fuga. Sin embargo, para calmar al senado profundamente irritado por aquel menosprecio de la amnistía votada la víspera, provocó el llamamiento de Sexto Pompeyo, así como la abolicion de la dictadura, y permitió que su colega mandase ejecutar á un demagogo que agitaba al pueblo diciéndose pariente de César. Hasta consintió en celebrar una entrevista fuera de Roma con Bruto y Casio y no se opuso á que los conjurados saliesen á tomar posesion de sus respectivos gobiernos, ni á que devolviesen los bienes á Sexto Pompeyo con el proconsulado de los mares. Jamás encontró el senado un consulado mas dócil, y así fué que cuando Antonio se quejó de que le perseguia el odio del pueblo, como á un traidor, y pidió una guardia, se la concedió, y en breve tuvo hasta 6,000 hombres. Era un ejército : podia ya arrojar la máscara, y con efecto, en todas sus disposiciones se veia el deseo de conquistar el favor popular y de hacerse amigos en todas partes.

Omnipotencia de Antonio: Octavio.

El senado confirmó los actos de César, Antonio hizo extensiva aquella sancion á los proyectos del dictador, y como poseia todos sus papeles, leia ó mandaba escribir en ellos todo cuanto podia ser de su agrado. Así vendió cargos, honores y hasta provincias como la Armenia menor que le



Marco Antonio.

compró Dejotaro y la Creta que pagó su independencia con dinero. Con tan escandalosos tráficos restableció su fortuna: en los idus de marzo debia ocho millones, y antes de las calendas de abril habia satisfecho á todo el mundo y capitalizado 135 millones que le sirvieron para comprar soldados, senadores y pueblo. No tardó en creerse fuerte y entonces quitó á Bruto y á Casio los gobiernos de Siria y Macedonia, recibiendo en cambio los de Creta y Cirene, el

primero para su colega Dolabela y el segundo para él, pues habia allí acantonadas fuerzas considerables. « Murió el tirano, mas no la tiranía, » exclamaba Ciceron con amarga pena.

Por entonces llegó á Roma un mancebo casi desconocido, y era Octavio, sobrino segundo de César por su madre, hija de una hermana del dictador. A los cuatro años perdió á su padre, distinguido caballero romano, y César, que no tenia hijos, se habia encargado de su educacion. Queria llevarle en su compañía contra los partos, y le mandó á Apolonia para que concluyese sus estudios y al mismo tiempo se diera á conocer en medio de las legiones. Cuando se supo la muerte del dictador aconsejaron á Octavio que se refugiara en las filas del ejército; mas como esto habria sido una declaracion de guerra al senado y á los asesinos, el jóven, tan reservado y prudente como era osado César, rechazó el consejo. Sin embargo, no carecia de arrojo, aunque este fuera distinto del que caracterizaba á su padre de adopcion, y así fué que á pesar de los avisos de su madre, no vaciló en presentarse solo en Roma con el pensamiento de reclamar su herencia. Púsose en viaje sin ostentacion y sin ruido, visitó á Ciceron cerca de Cúmas seduciendo al anciano con sus caricias y su simulada indiferencia, y á fines de abril entró en Roma.

Tenia á la sazon 19 años no cumplidos, y en vano su madre insistió para que abandonara el nombre de César, pues el siguiente dia de su llegada se presentó al pretor, declaró que aceptaba la herencia y la adopcion, y despues subió á la tribuna y prometió al pueblo reunido que cumpliria fielmente los legados. Octavio reclamó inútilmente el dinero del dictador que obraba en poder de Antonio, y cuando vió que le negaban con malas palabras los tesoros de su padre, puso en venta las tierras y las casas, así como tambien sus bienes propios. Antonio, que se burló en un principio del pretendiente, acabó por vigilar su conducta, suscitando contra sus proyectos toda clase de obstáculos; pero como el pueblo estaba en favor del jóven César, se detuvo, y hasta se prestó á una reconciliacion para que le

ayudase Octavio á obtener el gobierno de la Cisalpina en cambio de la Macedonia.

Prometiéndose Octavio que Antonio le devolveria servicio por servicio, solicitó el tribunado, y en presencia de la oposicion del cónsul hubo de comprender que necesitaba á toda costa un ejército. Envió emisarios con todo sigilo á las colonias de veteranos, en tanto que otros salian al encuentro de las legiones que regresaban de Macedonia, y al mismo tiempo trató de hacerse amigos en el senado, cuya mayoría aborrecia á Antonio.

Oposicion contra Antonio: Ciceron.

Ciceron era el alma de aquellos oposicionistas. El senado se reunió el 1° de setiembre de 44, y Antonio habló con dureza contra el anciano consular ausente; pero al otro dia llegó Ciceron y lanzó su primera *Filípica*, á la que respondió Antonio con violentas invectivas, que le valieron despues una réplica fulminante, la segunda Filípica.

Mientras duraba aquella guerra de palabras, Octavio se iba haciendo con los soldados del cónsul. Supo Antonio que las legiones que acababan de desembarcar en Brindis traian gérmenes de defeccion, y al punto se puso en marcha y diezmó las tropas. Tambien su rival salió de Roma con la idea de visitar á los colonos de su padre, y volvió con 10,000 hombres. A poco tiempo se le pasaron dos legiones de Antonio. Procuraba asimismo atraerse á Ciceron, y con Ciceron al senado, á fin de que una autoridad legal sancionara sus títulos. Diariamente le escribia prometiéndole la mas completa confianza y una ciega docilidad, y le llamaba su padre, de cuyo modo el anciano cayó en el lazo. Antonio habia marchado contra Décimo Bruto, que no queria dejar el gobierno de la Cisalpina, y Ciceron creyó que entonces habia llegado la hora propicia para plantear sus antiguos proyectos.

Los asesinos, que componian la faccion de los grandes, estaban en Oriente, y Antonio y Lépido, ó sea los demagogos y representantes de la soldadesca, en las dos Galias, de cuyo modo podia pensar que los hombres de bien, que

se habian quedado dueños del gobierno, se apoderarian fácilmente de toda la influencia. Además, para eso estaba allí el ejército de Octavio. Decia Ciceron : « Octavio no abriga otra ambicion que la de cumplir las últimas voluntades de su padre, y así que haya gastado en esa obra todo lo que posee, volverá á la oscuridad de donde ha salido. Con algunos honores se dará por satisfecho su orgullo juvenil: será dócil porque tiene 20 años; despues de la victoria se hace pedazos el instrumento. » Ciceron se apresuró, pues, á conseguir para él carta blanca: hacia su elogio y felicitaba á las legiones que habian desertado las banderas del cónsul.

Guerra de Módena (43).

Entretanto Antonio asediaba en Módena á Décimo Bruto, y queria Ciceron que se le declarase enemigo público, al mismo tiempo que Octavio recibiria el título de propretor y la categoría de senador, saliendo él garante del patriotismo del jóven César. Adoptaron su proposicion relativa á Octavio, y este obtuvo además que pagase el tesoro público las promesas que él habia hecho á sus tropas. Sin embargo, el senado vacilaba aun en atacar á Antonio; pero las cartas de Sexto Pompeyo, que reunia un ejército en Marsella y ofrecia sus servicios, y las noticias de Oriente, en las que se anunciaba que Bruto y Casio estaban en posesion de sus gobiernos de Siria y Macedonia, secundaron la elocuencia del gran orador (XII^a^ filípica), y en marzo entró en campaña Octavio con los dos cónsules Hircio y Vibio Pansa.

Las tropas de Antonio alcanzaron un triunfo antes de que se reunieran los tres generales, ventaja que, aunque poco importante, sembró el espanto en la ciudad. El 14 de abril llegó Pansa á las inmediaciones de Bolonia, en donde estaban sus colegas, y los tres dias siguientes se batieron con encarnizamiento en tres puntos distintos. Pansa, gravemente herido, huia ya con sus soldados en desórden hácia *Forum Gallorum* (Castel-Franco), cuando Hircio, á la cabeza de 20 cohortes, decidió en su favor la victoria. Hicie

ron una tentativa para introducir socorros en Módena, lo que ocasionó otra batalla, en la cual se consumó la derrota de Antonio (27 de abril). El cónsul Hircio murió en el campo, y su colega Pansa al otro dia, de las heridas que recibió en la primera accion, suceso á la verdad harto favorable á Octavio para que no le acusaran despues de que habia acelerado el fin de los dos cónsules. Así que llegó á Roma la noticia de la victoria, el pueblo corrió á casa de Ciceron y le llevó al Capitolio en medio de aclamaciones, como si en realidad hubiese sido el vencedor aquel elocuente anciano que obligó al senado á emprender una campaña decisiva. Con efecto, parecia terminada la guerra: Antonio huia hácia los Alpes; Décimo, libre ya, le seguia con ardor; Planco, comandante de la Transalpina, bajaba de Lion con un ejército para cerrarle la Galia, y Lépido renovaba sus protestas de fidelidad. Creyendo entonces que debian acabarse los miramientos, encomendaron el exámen de los actos de Antonio á diez senadores, presididos por Ciceron.

Entre tanta alegría y tantas fiestas casi olvidaban á Octavio. A nombre de Décimo Bruto decretaban 50 dias de suplicaciones y hasta quitaban á Octavio la direccion de la guerra para confiársela al general á quien él habia salvado ¿Qué necesidad tenian ya de aquel *niño?* Sin embargo, Antonio, mal perseguido, habia llegado á Frejus y dado punto á las indecisiones de Lépido, arrastrando á sus tropas (29 de mayo). La defeccion de Asinio Polion, gobernador de España, y la de Planco, que poco tiempo despues se volvió con Antonio, aumentaron sus fuerzas hasta el punto que vino á encontrarse á la cabeza de 23 legiones.

Entonces no hubo mas remedio que acordarse de Octavio, y para contentarle hasta la vuelta de Casio y de Bruto, se le concedió la ovacion, sabiendo que él queria que le colmaran de honores. Despues del triunfo era costumbre que el general licenciara sus tropas, y el senado deseaba ahora tanto separar á Octavio de sus tropas como en otro tiempo á César de las suyas; pero los soldados adivinaron el lazo y enviaron espontáneamente una diputacion á Roma,

compuesta de 400 veteranos, para declarar que su jefe aspiraba al consulado, con arreglo al senado-consulto que le dispensaba de observar la ley. Negaron la autorizacion, sobre lo cual dijo uno de ellos mostrando su espada: «Esta se la dará si vosotros no;» y Octavio pasó el Rubicon, llegó con ocho legiones á Roma, efectuó su entrada en medio de los aplausos del pueblo y se reunió una asamblea que le proclamó cónsul. Ciceron habia huido. Octavio hizo ratificar en el acto su adopcion y distribuyó á sus tropas las recompensas prometidas, á costa del tesoro público, en tanto que el otro cónsul, Pedio, proponia una informacion sobre el asesinato de César, envolviendo en la acusacion á los asesinos y los cómplices, para comprometer á Sexto Pompeyo. Todos ellos fueron desterrados y perdieron sus bienes.

Formacion del segundo triunvirato: proscripciones: muerte de Ciceron (43).

Habia llegado la hora en que Octavio, sin temor de quedar eclipsado, podia tratar con Antonio. Era cónsul, tenia un ejército, mandaba en Roma, y en su derredor estaban aquellos cesarianos que condenaban las violencias de su rival. Pedio allanó el camino haciendo levantar las penas pronunciadas contra Lépido y Antonio, que se encontraban fuera de la ley. Décimo, abandonado de sus soldados, fué capturado y muerto cerca de Aquilea por la caballería de Antonio, el cual anunció á Octavio que acababa de inmolar aquella víctima á los manes de su padre. Lépido se interpuso para preparar una reconciliacion que por ambas partes deseaban, y con efecto, á fines de octubre los tres jefes se reunieron cerca de Bolonia, en una islita del riachuelo Reno, cuyas orillas guarnecian á cada lado cinco legiones. Tres dias pasaron allí formando el plan del segundo triunvirato. Octavio debia dejar de ser cónsul, reemplazándole en aquel cargo en lo que faltaba de año Ventidio, teniente de Antonio; creábase una nueva magistratura con el título de *triumvir republicæ constituendæ*; Lépido, Antonio y Octavio se atribuian por cinco años el poder consular, con la

facultad de disponer de todos los cargos públicos; sus decretos tendrian fuerza de ley sin la confirmacion del senado ni del pueblo; finalmente, cada uno de ellos se reservaba dos provincias en torno de la Italia, á saber: Lépido la Narbonense y España, Antonio las dos Galias, y Octavio el Africa, la Sicilia y la Cerdeña. El Oriente, que ocupaban Bruto y Casio, quedó por repartir, como la Italia; pero Octavio y Antonio saldrian á combatirlos, en tanto que Lépido cuidaria de los intereses del triunvirato dentro de Roma. Ademas, la fidelidad de los soldados se pagaria despues de la guerra con 5,000 dracmas por cabeza y las tierras de 18 ciudades escogidas entre las mejores de Italia. Firmado el tratado y jurada su observancia, Octavio leyó las condiciones á las tropas, y estas exigieron, como prenda de alianza, que se casara Octavio con una hija de Fulvia.

Antes de ir á Roma enviaron los triunviros al cónsul Pedio la órden de dar muerte á 17 personajes del Estado, entre los cuales se contaba Ciceron, y á su llegada publicaron un edicto que decia: « Lépido, Marco Antonio y Octavio, elegidos triunviros para reconstituir la república, hablan de este modo: « Si los que César clemente salvó, » enriqueció y colmó de honores despues de su derrota, no » hubiesen sido luego sus asesinos, tambien nosotros olvi- » daríamos á los que nos han declarado enemigos públicos; » pero escarmentados con el ejemplo de César, nos adelan- » taremos á nuestros enemigos.... A punto de emprender » allende los mares una expedicion contra los parricidas, » hemos juzgado que no debian quedar enemigos á nuestra » espalda, y por esta razon formamos una lista de proscrip- » tos. Que nadie oculte á ninguno de aquellos cuyos nom- » bres siguen. El que favorezca la evasion de un proscripto » será tambien proscripto. Que nos presenten las cabezas, y » en recompensa el hombre de condicion libre recibirá » 25,000 dracmas áticas, y el esclavo 10,000, con la li- » bertad y el título de ciudadano. Los nombres de los ase- » sinos y de los delatores quedarán secretos. » Y seguia una lista de 130 nombres, á la que se añadió otra de 150, y luego otras.

Antes de amanecer pusieron guardias en todas las puertas, salidas y lugares que podian servir de refugio, y para que los condenados no pudieran esperar perdon encabezaron la primera lista con los nombres del hermano de Lépido, de L. César, tio de Antonio, de un hermano de Planco, del suegro de Polion y de C. Toranio, que era tutor de Octavio. Cada uno de los jefes habia entregado uno de los suyos para tener derecho de ser implacable en sus venganzas. Entonces se repitieron las escenas de los nefastos dias de Mario y de Sila, se volvieron á ver en la tribuna los horribles trofeos de cabezas ensangrentadas y todas las pasiones se dieron rienda suelta: el odio, la envidia, la codicia, y lo mismo que en las primeras proscripciones, nada era mas fácil que añadir un nombre á la lista fúnebre, ó esconder el cadáver de un enemigo personal entre los cadáveres de los proscriptos. « No conozco esa cara, dice Antonio una vez que le presentaban una cabeza; llevadla á mi mujer. » Era, en efecto, la de un hombre pudiente que no quiso vender á Fulvia en otro tiempo una de sus casas. Hubo una esposa que, para casarse con un amigo de Antonio, consiguió la proscripcion de su marido y le entregó. Un hijo descubrió á los asesinos el refugio de su padre, pretor á la sazon, y la edilidad le dió una recompensa. C. Toranio pidió á los asesinos que esperasen algunos instantes mientras enviaba á su hijo á implorar á Antonio, y le contestaron que su mismo hijo habia solicitado su muerte.

Sin embargo, se vieron tambien buenos ejemplos: Varron debió la vida á sus amigos, y otros se la debieron á sus esclavos; Apio fué salvado por su hijo, que recibió despues la edilidad, concedida por el pueblo en recompensa de su bella conducta. La hermana de L. César se arrojó delante de los asesinos gritando: « No le matareis sin degollarme á mí que soy la madre de vuestro general, » y así le dió tiempo de huir y esconderse. Muchos se escaparon tambien gracias á las naves de Sexto Pompeyo, que acababa de apoderarse de Sicilia y cruzaba con ellas por las costas, y pudieron trasladarse á Africa, Siria y Macedonia, en donde mandaban Cornificio, Casio y Bruto. Menos afortunado fué

Ciceron, que Octavio hubo de abandonar á los furores de su colega, aunque con sentimiento, pues era un asesinato bien inútil. Muerta la libertad, ¿qué podia ser un orador sin tribuna? una voz sin eco, que forzosamente se callaria; pero Antonio y Fulvia querian cortar la mano que habia escrito y la lengua que habia pronunciado las Filípicas.

Ciceron habia huido por mar de Túsculo á Gaeta, y despues de descansar algunos instantes en su posesion campestre, se habia vuelto á su litera cuando llegaron los matadores mandados por el tribuno legionario Popilio, á quien Ciceron salvó en otro tiempo de una acusacion de parricidio. Así que vió que se aproximaban, paró su litera y clavó los ojos en los asesinos llevándose la mano izquierda á su barba con su ademan de costumbre. Su cabello erizado y cubierto de polvo, su rostro desencajado y pálido infundieron tal pavor á la mayor parte de los soldados, que se cubrieron el rostro mientras le asesinaba el centurion Herenio. Ciceron sacó la cabeza fuera de la portezuela y presentó el cuello á los asesinos (7 de diciembre de 43): Herenio le cortó la cabeza y la mano que llevaron al triunviro en ocasion en que estaba en la mesa. Feroz fué su alegría al aspecto de aquellos sangrientos despojos: Fulvia tomó aquella cabeza, atravesó con una aguja la lengua que la habia dirigido tantos y tan sangrientos sarcasmos, y luego ataron á las rostras aquellos tristes restos. La muchedumbre acudió á verlos; mas fué para contemplarlos con lágrimas y gemidos. Tambien á Octavio le afligió en secreto aquella muerte, y aunque nadie durante su reinado se atreviera jamás á pronunciar el nombre de Ciceron, lo cierto es que dió el consulado á su hijo, como por via de reparacion, y una vez rindió homenaje á sus virtudes.

Así pereció en la fuerza de su talento el príncipe de los oradores romanos y uno de los hombres mas honrados que han tenido las letras y la política. Su muerte fué el crímen mayor del jóven César. Octavio tenia obligacion de proteger al hombre que aseguró sus primeros pasos é hizo que le votaran sus primeros honores; debia á Roma la conservacion de aquel fecundo genio que todavía parecia incansable, y debia al mundo la salvacion de uno de los hombres que mas han contribuido al desenvolvimiento moral de la humanidad. No es decir que Ciceron pueda figurar en primera línea entre los pensadores: fué poco como filósofo; pero si es verdad que no se le deben grandes innovaciones, tambien lo es que su prodigiosa facilidad para apropiarse las ideas agenas, puso en circulacion un número infinito de grandes pensamientos que le proclaman maestro de las generaciones futuras. Con la magia de su estilo popularizó muchas nobles creencias, como por ejemplo, en moral religiosa la idea de la unidad de Dios y de la providencia divina, de la inmortalidad del alma, de la libertad y de la responsabilidad humana, de las penas y recompensas en la otra vida; y en moral política la idea de la ciudad universal fundada sobre la base de la caridad, el progreso de nuestra especie, mediante el trabajo de todos, y la imperiosa obligacion de fundar lo útil sobre lo bueno, el derecho sobre la equidad, la soberanía sobre la justicia, esto es, la ley civil sobre la ley natural revelada por Dios mismo y grabada por él en todos los corazones. Cierto es que todo esto no se halla rigorosamente demostrado, ni se encadena en un cuerpo de doctrinas; no es mas que el esfuerzo de un alma incomparable que en alas de su propia inspiracion se remonta á las verdades sublimes de la religion eterna, y no el paciente trabajo del filósofo que construye lógicamente un sistema; pero ¿acaso se necesita mucha lógica para hablar á los corazones?

Insolencia de la soldadesca.

En aquellos dias de degüello, los cónsules designados Lépido y Planco cometieron la imprudencia de celebrar cada uno un triunfo por algunas victorias insignificantes alcanzadas en la Galia. Los soldados, haciendo un equívoco con el doble sentido de la palabra *Germanus* en latin, cantaban en pos de su carro: « No de los galos triunfan nuestros cónsules, sino de sus hermanos; » porque efectivamente, entrambos entregaron un hermano á los asesinos. Antiguos usos autorizaban esta libertad en los soldados;